

El crimen de Gavilanes y otras historias

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2021
Todos los derechos reservados

Índice

El crimen del juerguista celoso	5
Cinco casos de la época	57
La jauría de Feroselle	59
El matón segoviano	71
El zapatero enfurecido	77
El precio de la deshonra	81
Una mujer martirizada	87
El crimen de La Guardia	99

El crimen del juerguista celoso

El cadáver de Celia

El viernes 14 de noviembre de 1902 los periódicos no trajeron a sus portadas grandes noticias. El señor Sagasta había formado gobierno finalmente, no sin antes fracasar en conseguir que fuera de concentración de varios partidos, de manera que se preveía que el entonces constituido no duraría mucho.

Cuando el director del Heraldo de Madrid consultó con sus redactores la cabecera del día siguiente, uno de ellos mencionó la existencia de un crimen en la calle Muñoz Torrero. La policía sabía perfectamente quién era el asesino, en eso no había misterio alguno, resultaba el clásico amante despechado por celos, engañado por la mujer y que se había tomado la justicia por su mano. Había dos aspectos algo diferentes que podían dar juego: el hombre era una persona bien relacionada, habiendo trabajado como secretario en el Gobierno Civil de la capital y además llevaba encima la placa que lo identificaba como agente de Vigilancia; por otro lado, quizá incluso por ese buen pasar que tenía, parecía haber escapado con suma facilidad y los bolsillos bien provistos. Se podía prever que su escapada, como la de la asesina Cecilia Aznar cinco meses antes, podía durar días. A fin de cuentas ésta era una simple criada, pero Ramiro Gavilanes, que de él se trataba, resultaba un señorito adinerado, según se decía. No le faltarían lugares donde alojarse y sitios donde viajar. Su rastro lo había perdido la policía en la Estación del Norte, por lo que era previsible que hubiese marchado lejos.

El director del periódico lo pensó poco tiempo: “Ponlo en portada”, dijo. Eso de los crímenes pasionales vendía bastante entre el público de Madrid, sobre todo desde el asesinato de Lucía

Borcino en la calle Fuencarral, a manos de su asesina Higinia Balaguer, la criada. Hacía doce años de su ejecución en el garrote vil y, desde aquel caso, la sociedad madrileña compraba periódicos con el crimen del día o el de la noche. Era un filón que duraba una década y aún habría de hacerlo muchos años más.

El redactor se puso a la tarea de inmediato. Pronto llegó a la descripción del cuadro que habían contemplado horas antes tanto las criadas como un amigo del asesino, que fue el que finalmente comunicó el hecho a las autoridades. También él había conseguido llegar hasta el gabinete donde se desarrolló el drama y podía pintarlo con el mayor detalle, dándole sus gotas de pasión, celos y muerte.

“En el gabinete, tendido en el suelo en posición supina, junto a una *chaise longue*, yacía el cadáver de la Celia. Su actitud acusaba lo rápido de su muerte. Tenía las piernas separadas entre sí, la cabeza inclinada sobre la mejilla derecha, el brazo derecho extendido en el ángulo recto con el cuerpo y el izquierdo pegado al tronco y casi oculto debajo de éste.

La herida no era de las que ocasionan grande hemorragia. Situada en el pecho, correspondiendo con el sitio del corazón, se advertía solamente un pequeño orificio, por donde asomaba un hilito de sangre.

Vestía de negro, con un delantal salpicado de pequeñas estrellas blancas. La blusa estaba algo desabrochada, permitiendo ver los bordes de una camisa color rosa, muy escotada, y la morbidez de un pecho frío como el mármol.

La escena impresionaba, sin tener los escandalosos toques de la sangre. El gabinete, puesto sin lujos, pero con coquetería de mujer curiosa, daba severidad y misterio al cuadro.

No resultaba terrorífico ni repulsivo. Producía, por el contrario, una impresión de vaga tristeza que borraba el efecto del drama. Tal vez emocionaba más el fondo de éste que la forma” (El Heraldo de Madrid, 15.11.1902, p. 1).

El redactor no reflejó en su artículo la apariencia de Celedonia Rodríguez, conocida en el mundo de las “mujeres galantes” madrileñas, como “la Celia”. De ella, por cierto, se supo bien poco, salvo que tenía entre 28 y 30 años (esta última era también la edad de su agresor) y sus padres tenían una tienda de vinos en la calle Jacometrezo. Tanto ella como una hermana vivían en la misma ciudad que sus padres, pero no mantenían relación alguna con ellos. Se dijo que era viuda de un señor llamado Alcocer, que le dejó al morir una regular fortuna. El dato debía ser cierto, porque recibía cada mes entre 25 y 75 pesetas de rentas por unas tierras que tenía en un pueblo, posiblemente heredadas de su marido fallecido.

Eso sugiere, dada su juventud, que consiguió casarse con un hombre bastante mayor con la esperanza de que sucediera exactamente aquello: que él muriera y ella pudiera heredar. Una vez esto sucedió prefirió volver a Madrid y retomar la carrera de “mujer galante” que tuvo de más joven. De todos modos, a ningún reportero le interesó ahondar en la vida de Celia, quizá porque su historia se repetía una y otra vez entre las muchachas de aquel tiempo, fueran nacidas en Madrid dentro de un ambiente algo pobre

o viniendo de fuera para escapar de unos padres campesinos buscando el brillo y el esplendor de la capital.

Algunas de ellas empezaban trabajando para algún hogar de la nueva burguesía donde adquirirían modos y maneras educadas, ocultando otras más toscas con las que habían llegado. Muchas se contentaban con servir de una casa en otra hasta dar con un buen mozo que las pretendiera en un baile o en el paseo: uno que trabajara en una carpintería, una zapatería, un mozo de tienda, por ejemplo. Alguien con quien llegar al altar.

Otras se dejaban llevar por la pasión, ésa de la que hablaban las novelitas rosas que se compraban o cambiaban junto al mercado, y daban con unos “guapos” que las llevaban y traían en un mal vivir continuo. Fueran éstas u otras que lo tenían más claro desde el principio, en ocasiones acudían a los bailes donde, por una cantidad de dinero, se podían retirar a cuartos privados donde satisfacer con sus parejas eventuales sus ansias juveniles, tanto de sexo como de dinero para comprarse una buena sortija, unos pendientes, un vestido bonito.

Si no tenías escrúpulos en llevar esa vida adoptabas el papel de “dama de vida airada”, como decían en la iglesia, incluso un nombre de guerra. En el caso de Celedonia era sencillo: la Celia. Te paseabas con las amigas que llevaban tu propia vida los domingos por la tarde acudías a un café y de nuevo al paseo, pero no para buscar novio sino sobre todo, alguien con posibles y un bolsillo donde rebosara el dinero, para que decidiera gastárselo en ti. Si tenías fortuna, el hombre te podía hasta retirar de ese mundo, dándote medios de vida y ornato, la posibilidad de tener criadas y hasta cierta honorabilidad.

Así debía de ser Celedonia Rodríguez. Ella había alcanzado una meta al conocer a principios de aquel año a Ramiro Gavilanes

